

Que digo espera, alimento  
es mi vida, de tu esencia;  
desde el nacer tu inminencia  
no me abandona un momento.

Sólo el cuerpo me flaquea  
cuando anhelo acompañarte,  
y llego con él a odiarte  
porque mi fe te desea;

y pues la carne me obliga  
por enemiga a tenerte,  
quiero que seas, ¡oh Muerte!,  
mi más amada enemiga.

### III

¡Cómo el cuerpo se rebela  
y al alma trunca la calma!  
¡Tan bien como ciñe el alma  
al cuerpo que la abroquela!

¡Oh, qué lucha dulciamarga  
ésta que llevo tan dentro!  
Clamo y acucio el encuentro  
que me redima la carga,

pues si vivirse merece  
esta prisión que traemos  
es porque, libres, gocemos  
¡la muerte que al fin ofrece!

FERNANDO BRAVO Y BRAVO

### RELATOS EUTRAPELICOS

## Mi amigo Tomás Gutiérrez

Por ELOY SORIANO. Pbro.

**G**L otro día, vagando por los aledaños del viejo y glorioso Teatro Real—hoy hermética esfinge madrileña, que guarda el secreto impenetrable de su futuro destino lírico—, me encontré de pronto en plena calle de Arenal o, para mejor decirlo, «del Arenal».

A despecho de la pegajosa bruma de pensamientos melancólicos que me invadía, no pude menos de recordar el desaparecido café de María Cristina. Me ocuparé de él en más de una coyuntura.

Para un buen golpe de extremeños de mi «promoción», sobre todo, elemento joven universitario, como ahora se dice, era el María Cristina lugar predilecto de optimismo y holganza, donde, en los años finales de la Dictadura, se malsonaba de todo; se aireaban los más arriesgados temas en tono mayor o menor, según la temperatura política ambiental; el «bulo» vergonzante, el «canard» malévol, el escándalo de última hora...; y de tres a cinco de la tarde venía el comentario sobre los «milagros» del doctor Asuero, el libro reciente de Marañón o de Ortega y Gasset, las exaltadas catilinarias estudiantiles de don Ramón del Valle Inclán o los exabruptos pintorescos de don Miguel de Unamuno desde el exilio. Y nunca faltaba sobre el tapete, por decirlo así, del ameno «far niente», la animada controversia sobre el logro de lo que hoy es una realidad espléndida, el cine sonoro, a la sazón en tímidos balbuceos. Se abrigaba ya la risueña esperanza, no sólo de contemplar la maravilla fascinante y «peligrosa» de Greta Garbo y Marlene Dietrich, estrellas máximas en aquellos días, ilusión inasequible de escolares pobres y viejos libidinosos, sino de escuchar su propia y enigmática voz... Y todo ello mientras se degustaba la delicia, muy desconocida, de aquel incomparable café, servido en el típico vaso de seis a siete centímetros de alto, a razón de ¡sesenta céntimos!, y diez más de propina al simpático camarero, que venía a ser un contertulio más.

Pues bien, en ese inolvidable café de María Cristina conocí a mi amigo Tomás Gutiérrez.

Mi amigo Tomás Gutiérrez es, en verdad, un sujeto encantador. Y digo «es», porque vive todavía—Dios sea loado—, disfrutando una envidiable senectud dorada en medio de su esposa—la casi he-

roína de este relato—y muchedumbre de hijos, nietos... y no sé si biznietos.

Acerca de «la condición y ejercicio» de mi amigo Tomás Gutiérrez estimo pertinente consignar aquí que a sus veinticuatro años era ya doctor en Ciencias Exactas e Ingeniero Agrónomo. Dominaba el alemán y el inglés, profesando acendrado culto de admiración hacia Shakespeare, Oscar Wilde, Bernard Shaw y los grandes humoristas del Reino Unido; según él, aprovechados discípulos, éstos, de don Miguel de Cervantes Saavedra; opinión que yo compartía de «bonísima gana», aunque no del todo.

De una ecuanimidad a toda prueba, dispuesto siempre a prestar un servicio a cualquier persona, conocida o por conocer, y a buscar una explicación benévola a la conducta ajena, por muy descalificada que apareciese, sólo en un punto mantenía un criterio estricto, terco, intransigente. Para él era el Estado y nadie más que el Estado, quien proporciona y garantiza, mediante organismos establecidos «ad hoc», es a saber, Liceos, Universidades, Academias, Conservatorios, etc., la verdadera, sólida y auténtica formación científica y artística del ciudadano. La cultura adquirida con el esfuerzo privado «extraoficial» no era, en su opinión, otra cosa que un cúmulo indigesto de noticias de aluvión, inconexas, fragmentarias, inconsistentes. Al hombre «autodidacto» profesaba una especie de «odio vatiniano», de que habla el poeta latino; era para él un verdadero engendo abortivo en el plano de la racionalidad de la especie. Y cuando se le recordaba que más de uno de esos hombres alcanzó puestos preeminentes entre sus conciudadanos, contestaba que ése no era ni más ni menos que un efecto lamentable del «papatismo» de las masas en momentos decadentes de la historia.

Quando entré aquella tarde, hace bastantes años, en el café de María Cristina, al acercarme a nuestra mesa consuetudinaria, mi sorpresa no tuvo límites.

Mi amigo Tomás Gutiérrez aparecía medio congestionado... Hablaba a grito herido, descargando tremendos puñetazos sobre el mármol de la mesa, en desaforada disputa con uno de nuestros habituales contertulios.

—¡Un asno!... ¡Es un asno ese chico!

—¿Un asno?... —profirió el otro.

—¡Un asno, sí, señor, un completo asno! ¿Te enteras?

A cada nuevo «asno» la voz de los contendientes se elevaba medio tono, hasta terminar en un puro grito; y en todo el café se levantó un contenido revuelo expectante ante la inminencia de una movida escena de burla y algazara.

—¡Sí, señor, un asno! —remachaba furioso, mi amigo Tomás Gutiérrez. Un tío que no sabía nada de nada... Otra vez te documentas mejor antes de recomendarme a nadie. Me has dejado en ridículo ante mis amigos del tribunal...

Quando se dio cuenta de mi presencia pareció recobrase. Pero

cuál no sería mi asombro al verle extraer de un bolsillo de la americana un libro y arrojármelo sobre la mesa con airado gesto:

—¡Toma!.. ¡Eso es una estupidez!.. Parece mentira... Claro—prosiguió mirándome de un modo extraño, tú también tiras al monte... Conozco de sobra tus teorías..., la libertad de enseñanza..., la enseñanza privada..., el derecho de los padres... y demás monsergas de los últimos tiempos... y... claro...

Me limité a recuperar mi libro sin decir palabra.

\* \* \*

El libro que yo había prestado a mi amigo Tomás Gutiérrez, al que tan duramente calificó de «estúpido», era una chispeante novela; «Decline and Fall», del conocido militar y escritor inglés contemporáneo Evelyn Waugh. En obsequio al inteligente lector o a la linda lectora de este verídico relato, intentaré concentrar, lo más esquemáticamente posible, el infortunado pasaje de dicha novela, que provocó entre nosotros —mi amigo Tomás Gutiérrez y servidor— aquel lamentable «casus belli».

Paul Pennyfeather, contumaz enamorado platónico e ingenuo «trotamundos» londinense, es, como se sabe, el personaje tipo de «Decline and Fall».

Resulta que el pobre Paul Pennyfeather tiene que ingresar en la cárcel. El motivo fue no haber podido justificar, en un momento dado, que poseía el «canon mínimo» de renta territorial o urbana, sueldo o salario o, a falta de esto, patente de pertenecer a cualquier «Sindicato de parados», con pensión y vacaciones pagadas.

Tampoco tenía domicilio conocido y, lo que es peor, no pudo presentar «in actu» la menguada suma en chelines y peniques que las previsoras y paternales leyes inglesas exigen a un súbdito de Su Majestad Británica para poder trotar, libre y altanaramente, por todos los ámbitos del Imperio, usufructuando cuantos derechos, prerrogativas y franquicias constitucionales le confirió, por los siglos de los siglos, la famosa Carta Magna de Juan Sin Tierra.

Al comparecer en la prisión el pobre Paul Pennyfeather, bajo la custodia de un atlético y taciturno «constable», fue sometido a una minuciosa y concienzuda sucesión de «tests» y demás comprobaciones que la Administración inglesa requiere para instalar debidamente a un ciudadano en la celda penitenciaria que le corresponda.

Primero tuvo que evacuar los preliminares de todo *fichaje*; es, a saber, nombre, apellidos, genealogía, lugar de nacimiento, estatura en pies y pulgadas, color de los ojos, número del calzado, improntas digitales, etc., etc...

Pasó luego a otra oficina, donde debía practicarse lo que, en términos burocráticos, se denomina «inventario»; que, en opinión del pobre Paul Pennyfeather, no es, ni más ni menos, que un hipócrita «despojo»... Tuvo que ir depositando sobre una mesa, bastante mugrienta, el reloj, los gemelos de los puños de la camisa, un monedero vacío, una pitillera, también vacía, un alfiler de corbata, un par de pasadores de hueso y otras menudencias...

A cada objeto metálico que aparecía sobre la mesa acompañaba la pregunta:

—¿Es de oro?...

Paul Pennyfeather contestaba siempre: «I know nothing» (no sé).

—¡Abra la boca!—requiere el funcionario.

Paul Pennyfeather obedece obsequiosamente.

—¿Es postiza esa dentadura?

—Es mía propia—responde Paul Pennyfeather, con una sonrisa humilde.

Le introducen más tarde en un gabinete de comprobación médica.

Ante una mesa enorme, desbordante de impresos y libros, un imponente doctor, de autorizadas barbas fluviatiles, está escribiendo en un gran libro-registro.

—Su nombre—formula el doctor.

—Pennyfeather.

—¿Edad?...

—Por la Pascua cumpliré treinta y dos años.

—¿Ha padecido meningitis?..

—No, señor;... sólo viruelas locas y dolor de muelas.

—¡All right!... Vamos a ver... ¿Ha sido internado en alguna especie de manicomio, establecimiento de deformaciones mentales o institución parecida?..

—Sí, señor... Estuve dos años en el «Queen's College», de la Universidad de Oxford.

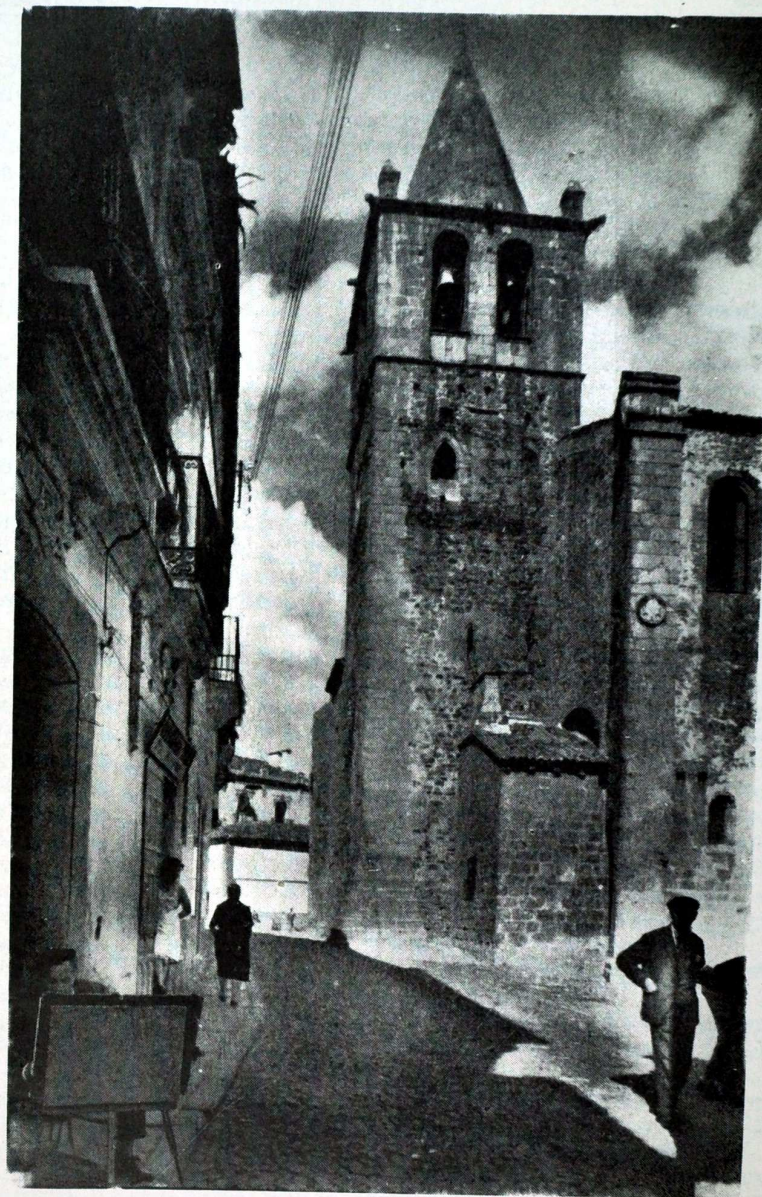
El galeno se agitó sobre su asiento en una actitud terrible. Descargó un furibundo puñetazo que hizo saltar los libros y papeles de la mesa y, entre las luengas barbas, erizadas de cólera, vociferó:

—Si pretende hacer chistes aquí, ahora mismo lo envío a una celda de castigo!

—¡I'm sorry! Lo siento, señor; pero es la verdad—observó, modestamente, el pobre Paul Pennyfeather.

\* \* \*

A esta altura de mi relato descubro «haberme dejado en el tintero» una circunstancia realmente capitalísima. Mi amigo Tomás Gutiérrez, como cualquier otro ciudadano, universitario o analfabeto, estaba casado. Contrajo matrimonio canónico con una bella y discreta señorita, de hacendada familia, en un apacible lugar de Extremadura, limítrofe con el de su nacimiento (el nacimiento de mi amigo Tomás Gutiérrez, se entiende). En la época a que se «contrae» mi relato se hallaba mi amigo Tomás Gutiérrez en pleno «honey moon» o «honey Month»; (todavía no se han puesto de acuerdo los ingleses sobre si es «luna de miel» o «mes de miel»). Y declaraba (mi amigo Tomás Gutiérrez) que en su matrimonio había encontrado la verdadera «sofosine», que decían los griegos; o lo que es lo mismo: aquel término de equilibrio y felicidad humana de que habla Platón en el «Convivium»; porque le cupo en suerte una esposa que, además de bella, como queda dicho, era inteligente y culta, con esa cultura ge-



ALBUM EXTREMEÑO. — Cáceres. — Iglesia de Santiago  
(Foto Heliotipia Artística Española)

neral y extra-académica que él no admitía en el hombre, pero sí en la mujer, esposa y madre. Eso lo estimaba suficiente para regir un hogar, sin pedanterías ni mayores peligros. Y razonaba así su teoría: Un consorcio matrimonial entre hombre y mujer, ambos con título académico, antojábasele sencillamente monstruoso. Si, por ejemplo—explicaba—marido y mujer eran graduados en la misma Facultad, ¡malo!.. Si en diversas; pongamos, Ciencias Exactas y Derecho Civil... ¡una verdadera catástrofe!.. ¡un pavoroso germen de guerra intestina permanente!..

Tampoco debe omitirse que mi amigo Tomás Gutiérrez desempeñaba, cuando yo le conocí, una auxiliaría a la cátedra de «Análisis matemático» en la Central, ganada en reñidas y brillantes oposiciones. Así es que los felices esposos tuvieron la buena fortuna de instalarse en un confortable «cuarto» de la calle del Pez, próxima, como se sabe, al docto e histórico *caserón* de San Bernardo.

Extremeña legítima cien por cien, la esposa de mi amigo Tomás Gutiérrez profesaba el tradicional y acreditado principio de economía doméstica: «una matancita» es el arreglo de todo el año.

Un honorable ganadero, paisano y algo pariente del simpático matrimonio, le facilitó «la matancita»: dos hermosos cerdos, masivamente cebados con bellotas e higos de Almoharín..., ¡cosa linda, che!

En cariñosa carta, que acompañaba al envío, les fijó el precio de la arroba de carne, bastante más bajo que en el mercado, encareciéndoles, al mismo tiempo, que no se preocupasen del pago; ya que «un día de estos» pasaría por Madrid su «aperador», hombre de toda confianza en la casa, y ellos podrían entonces entregarle el importe.

De sobremesa, mi amigo Tomás Gutiérrez, dice a su esposa:

—Voy a sacar la cuenta de los cerdos. Ya sabes que esta tarde vendrá el aperador de... (aquí el nombre del ganadero).

Fue al despacho y volvió al punto con un cuadernillo de papel de «barba». Acodado en la mesa, se puso a hacer números. Cerca de él estaba la esposa, entretenida en una labor de «encajería».

Mi amigo Tomás Gutiérrez seguía haciendo números, con ceño bastante adusto.

—¡Esto no sale! —exclamó... Cada vez se embrollaba más en una obsesionante zarabanda de «complejos e incomplejos métricos», libras, onzas, gramos, céntimos...

—Pues, mira—aventuró tímidamente la esposa, envolviéndole en una sonrisa un sí es, no es irónica—; yo creo que es tanto... Pon, de un lado, tantas arrobas; luego, tantas libras, que con las onzas...

—¡Qué hacen, qué hacen!—interrumpió el marido, violento—; esa es la contabilidad vuestra, por los dedos. Una contabilidad primitiva, de salvajes. Lo que yo digo, el saber vulgar...

Aprudentóse la esposa, prosiguiendo su complicada labor de encajería...

—¡Vaya! Me duele la cabeza... Me voy al café.—Y mi amigo Tomás Gutiérrez salió de estampía...

.....  
A las ocho de la tarde, de regreso del María Cristina, mi amigo Tomás Gutiérrez reanudaba sus endiablados cálculos, cuando aparece en el comedor una doncellita muy mona, irreprochablemente uniformada.

—Señor... Está aquí un hombre..., como de pueblo...

—Sí, sí..., que pase, que pase en seguida...

El forastero penetró en el comedor. Saludó con sobria cortesía lugareña y el natural aplomo del hombre que se da cuenta de su importante misión.

—Como ya tendrá noticia, me encargó mi amo...

—Ya..., ya... Precisamente..., precisamente, —masculló mi amigo Tomás Gutiérrez, un tanto embarullado estaba en este momento haciendo la cuenta..., pero...

Y, como el aperador lanzase una socarrona mirada, de soslayo, sobre aquella multitud de hojas de papel de «barba», cubiertas de números, para salvar el «bache» en que atascaba su marido, terció rápida:

—Usted sabrá la cantidad..., ¿no? Yo creo que son tantas pesetas y...

—¡Yo creo!, ¡yo creo!.. No se trata de creer—saltó el marido desafinadamente.

—Pues, tiene razón la señorita—afirma, imperturbable, el aperador.—Esa es la cuenta, céntimos, más o menos.... Con permiso. —Y dejó el sombrero sobre una silla.

—Se puede ver en seguida.

Con lento aire de suficiencia, el aperador saca un librito de papel de fumar, marca «Rey de Bastos»; luego, un trozo de lápiz costroso, que apenas mediría dos centímetros. Humedeciolo entre los labios, y se puso a escribir sobre el papel de fumar. Hablaba mientras escribía...

—El primero dio... tantas arrobas, libras..., onzas... El otro..., tantas arrobas..., libras... Ahora sumamos...En seguida todo esto se multiplica por cuatro..., para hacerlo cuarterones, ¿sabe usted?, y lo que salga se multiplica por el precio de la arroba de carne.. ¡Ya está—exclamó al cabo de unos minutos—; lo que decía la señorita.

Sin darse cuenta de la actitud, verdaderamente consternada, de mi amigo Tomás Gutiérrez, continuaba el aperador:

—Esta cuenta es muy antigua entre nosotros. Allá le llaman «la cuenta cochinerá», hablando con perdón... Y es una cuenta que no falla nunca.

## NUESTROS CLASICOS

# DE LA NOCHE

(ODA XLIII)

¿Do está, graciosa noche,  
Tu triste faz, y el miedo  
Que a los mortales causa  
Tu lóbrego silencio?

¿Do está el horror, el luto  
Del delicado velo,  
Con que del sol nos cubres  
El lánguido reflejo?

¡Cuán otra! ¡cuán hermosa!  
¡Te miro yo, que huyendo  
Del popular rüido  
La dulce paz deseo!

¡Tus sombras qué suaves!  
¡Cuán puro es el contento  
De las tranquilas horas  
De tu dichoso imperio!

Ya estáticos los ojos  
Alzando al alto cielo  
Mi espíritu arrebatá  
En pos de sus luceros.

Ya en el vecino bosque  
Los fijo: y con un tierno  
Pavor sus negros chopos  
En formas mil contemplo.

Ya me distraigo al silvo,  
Con que en tu blando juego  
Los más flexibles ramos  
Agita manso el viento.

Su rueda plateada  
La luna va subiendo  
Por las opuestas cimas  
Con plácido sosiego.

Ora una débil nube,  
Que le salió al encuentro,  
De transparente gasa  
Le cubre el rostro bello:

Ora en su sólio agosto  
Baña de luz el suelo,  
Tranquila y apacible,  
Como lo está mi pecho:

Ora finge en las ondas  
Del líquido arroyuelo  
Mil luces que con ella  
Parecen ir corriendo.

El se apresura en tanto;  
Y a regalado sueño  
Los ojos solicita  
Con un murmullo lento.

Las flores, de otra parte,  
Un ámbar lisonjero  
Derraman, y al sentido  
Dan mil placeres nuevos.

¿Do estás, viola amable,  
Que con temor modesto  
Sólo a la noche fías  
Tu embelesado seno?

Juan MELENDEZ VALDES